

# LA MUJER EN LA PLASTICA MAYA

Por Guillermo Grajeda Mena

Las mujeres de la época premaya dejaron en su cerámica registros de su belleza y de sus costumbres.

Por pertenecer a grupos agrarios que en épocas de buenas cosechas obtenían ratos de ocio, mientras los hombres trabajaban las milpas, las mujeres a la vez de cuidar a los niños y atender la cocina, fabricaron utensilios de barro y tejieron las telas para sus trajes.

Así es como vemos que dos mil años antes de Cristo, el cultivo del maíz fue el que llevó a estas gentes, al arte de la alfarería y al arte de la tejeduría.

En la cerámica denominada Las Charcas, de Kaminal-Juyú, tenemos en las figulinas, un registro del tipo físico de la mujer de aquella época: pequeña, de formas suaves y llenas, de ojos pequeños y almendrados, pómulos salientes, nariz pequeña, boca regular de labios carnosos, mentón redondo y hundido, brazos y piernas cortas, manos y pies pequeños, cabellera de pelo largo y lacio, arreglado en peinados altos, caderas sin gran pronunciamiento, cintura ancha, pechos pequeños y abdomen amplio. En general, la cabeza algo grande con relación al resto del cuerpo.

En la cerámica Providencia-Sacatepéquez son típicas las figuras femeninas que tienen un pequeño sombrero sobre la cabeza, y en el material cerámico de Sacatepéquez están las figulinas de muchachas que presentan un gracioso moño de forma cónica.

La cerámica de Miraflores nos da otro tipo de mujer. Si en las esculturas de Las Charcas vemos uno real, aquí encontramos un tipo ideal, el de casi todas las mujeres del mundo, cuando tienen una edad que está entre los trece y los dieciséis años: formas finas, ojos grandes, nariz y boca pequeña, peinados bastante elaborados, pechos, manos y pies muy pequeños, grandes caderas y cintura de avispa.

Casi juntamente con esta figura ideal de niña que está ingresando a la pubertad, podemos ver imágenes de la vida diaria, podemos ver imágenes de la vida diaria, pero con las cabezas muy alargadas y narices prominentes, que anuncian el prototipo de belleza maya, gran variedad en los tocados y la falda envuelta, que aún se usa en nuestros días.

De esta fase son también las piezas que tienen las extremidades articuladas, como las muñecas modernas.

Asimismo, los trabajos de barro han dejado registrada la imagen de mujeres en estado grávido, que posiblemente representaran a la fecundidad o a una divinidad relacionada con ella, llegando así a crear figuras de divinidades, a la par de mostrar los ideales estéticos.

Sabemos que la cultura maya, propiamente dicha, aparece más o menos a la par de la Era Cristiana, y es entonces cuando la Luna, a quien llamaron Ixchel, surgió como divinidad patrona de la preñez, del parto y de los tejidos.

En los códices es muy socorrida la imagen de esta divinidad; en el de Dresde la vemos sesenta y nueve veces. En los jeroglíficos está representada por el perfil de la cara de una mujer

bella y joven que luce un mechón de pelo sobre la frente y un pequeño tatuaje sobre las mejillas; en otros ejemplos Ixchel se hace presente por medio del símbolo de la media luna o de una mujer sentada con un conejo, como es el caso de los grabados en obsidiana. En el Códice de Madrid la vemos en su carácter de mujer vieja, sentada ante un telar de palitos, practicando el arte de tejer.

La alfarería, es casi seguro que al convertirse en un arte industrial, pasó a manos masculinas, por lo menos en su mayor parte, porque la fase Tepeu (600 años después de Cristo) nos sorprende con la fabricación en serie de cerámica hecha a molde con la finalidad de satisfacer un mercado de grandes demandas. Sin embargo, la presencia de la mujer no dejó de estar en el barro. Ahí la vemos: morena, pequeña, gordita, de cabeza alargada, con todos los detalles típicos de sus ideales de belleza, usando pequeños sombreros sobre sus altos tocados, preciosos güipiles y faldas, cargando a sus hijos sobre sus caderas, o en otros menesteres.

Pitos de barro, es decir, instrumentos musicales son generalmente los que nos muestran estos testimonios, pero las pinturas de los cuartos 1 y 3 del templo 1 de Bonampak los confirman con la belleza de las mujeres que en ellas lucen elegantes atavíos.

En nuestro medio, la cerámica y los tejidos, todavía son patrimonio femenino; lo podemos constatar aquí en el Departamento de Guatemala, así como en el pueblo de Santa Apolonia, Chimaltenango, y en San José, El Petén, en lo que respecta a los trabajos de barro, y en casi todos los pueblos de occidente y en el centro de la República, en lo que toca al arte textil. En esta forma vemos que siempre nuestras mujeres con su gracia y gentileza, han iluminado el arte guatemalteco.